

DESIGUALDAD SOCIAL, MASCULINIDAD Y CUALIFICACIÓN EN EL SINDICALISMO AZUCARERO. TUCUMÁN, 1944-1949

Florencia Gutiérrez¹

Resumen

El “auge azucarero” que tuvo lugar a fines del siglo XIX en Tucumán configuró universos laborales eminentemente masculinos y jerarquizados. La “revolución de junio” de 1943 y el peronismo irrumpieron en esta urdimbre laboral de deferencias y desigualdades sociales conmoviéndola desde sus cimientos y modelando la dinámica del sindicalismo. En tal sentido, las implicancias de la agremiación diferenciada de obreros y empleados, la impronta de la cualificación en el proceso de sindicalización y la forma en que las vivencias asociadas a la masculinidad transformaron la experiencia de la clase obrera son los ejes centrales del presente artículo. Entendemos que el caso de los ingenios azucareros constituye un disparador para reflexionar de qué forma entre 1944 y 1949 las cuestiones de clase, género y oficio adquirieron nuevos sentidos y gravitaron en la dinámica del emergente sindicalismo.

Palabras clave: Sindicalism – Masculinidad – Cualificación – Azúcar - Tucumán.

Abstract

The “sugar boom” that occurred in the late nineteenth century in Tucumán set up eminently male labor and hierarchized universes. The “June revolution” of 1943 and Peronism broke into this interwoven labor and social inequalities moving them from their foundations and modelling the dynamics of trade unionism. In this sense, the implications of differentiated unionization of workers and employees, the stamp of the qualification in the process of organizing and how the experiences associated with masculinity transformed the experience of the working class are central themes of the present article. We understand that the case of the sugar mills is a trigger to reflect how between 1944 and 1949 issues such as class, gender and profession acquired new meanings and gravitated in syndicalism emerging dynamics.

Keywords: Unionism – Masculinity – Qualification – Sugar - Tucumán.

Recibido: 04-03-2013.

Aprobado: 03-09-2013.

¹ Instituto Superior de Estudios Sociales (UNT-CONICET) y Facultad de Filosofía y Letras (UNT), San Lorenzo, 429, San Miguel de Tucumán, (4000). **Email:** florenciagutierrezb@yahoo.com

Introducción

A fines del siglo XIX, la intensificación del cultivo e industrialización de la caña de azúcar promovió la emergencia de un nuevo modelo productivo que transformó sustancialmente las relaciones económicas y sociales de Tucumán y otras provincias del noroeste argentino, como Salta, Jujuy. Una de las expresiones que asumió el “auge azucarero” fue la configuración de universos laborales eminentemente masculinos y jerarquizados.² Probablemente, la fisonomía espacial y arquitectónica de los pueblos, que nacieron impulsados por la actividad de los ingenios, constituyó la expresión más acabada de los contrastes y diferencias sociales vinculadas a las labores productivas. La mayor o menor cercanía de las viviendas de los trabajadores con la fábrica y su disímil tipo de construcción proyectaban las desigualdades socio-laborales existentes entre el personal jerárquico, los técnicos y empleados administrativos y el conjunto obrero. Éste último escindido entre los trabajadores permanentes y quienes llegaban de las provincias y regiones vecinas para la época de la zafra, es decir, los temporarios.

En esta asimétrica sociedad de hombres, la masculinidad y el poder se conjugaron de diversas formas. Administradores, capataces, jefes de fabricación y cultivo y mayordomos, entre otros, actuaban como agentes patronales encargados de controlar los procesos de trabajo y pautar los ritmos productivos. Las funciones de supervisión de estos “estrechos colaboradores”, y otras que sobrepasaban la esfera laboral para inmiscuirse en aspectos de la vida cotidiana de los obreros, generaron situaciones de maltrato y humillación convirtiéndose en una reiterada causa de conflictividad laboral. La afirmación o degradación de los valores asociados a la masculinidad fue permanentemente actualizada en las fábricas y los pueblos azucareros. En una arena de mayor horizontalidad, el universo obrero también reprodujo desigualdades, a la primaria división entre obreros permanentes y temporarios se sumaron las diferencias sustentadas en las prácticas y saberes que definían los oficios. Desde los orígenes mismos de la agroindustria, la particular cualificación de los maestros de azúcar y los mecánicos los convirtió en actores destacados de la cadena productiva.

El golpe de Estado de 1943 y el peronismo irrumpieron en esta urdimbre laboral de deferencias y jerarquías conmoviéndola desde sus cimientos y modelando la fisonomía y dinámica del asociacionismo azucarero. El impulso que el Estado brindó a la sindicalización de los trabajadores dio lugar a formación de las dos entidades más importantes de la agroindustria: la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA), fundada en junio de 1944, y la Federación de Empleados de la Industria Azucarera (FEIA), creada en febrero de 1945. La imposibilidad de la agremiación conjunta puso en locución las históricas distancias y tensiones entre obreros y empleados. Por su parte, la tradicional relevancia de ciertos oficios o especialidades azucareras fue dinamizada por el impulso asociativo estatal y se convirtió en una amenaza para la aglutinante Federación obrera. En tal sentido, la primera parte de ese artículo recuperará la forma en que las jerarquías y divisiones sociales, perpetuadas en las fábricas y

² Si bien la modernización de la agroindustria azucarera potenció la demanda y masculinización de la mano de obra, las mujeres se incorporaron de diversas formas al mercado de trabajo. Por un lado, colaboraban con los hombres en el corte y carga de la caña, tarea realizada a destajo. De esta manera, fueron excluidas de la relación contractual “acentuando su subordinación respecto del padre, marido, compañero o hermano”. Asimismo, las fábricas incorporaron el trabajo femenino ocupando a las mujeres como cosedoras de bolsas de azúcar. Daniel Campi y María Celia Bravo, “La mujer en Tucumán a fines del siglo XIX. Población, trabajo y coacción”, en Ana Teruel, **Población y trabajo en el noroeste argentino, siglos XVII y XIX**, Jujuy, UNIHR, UNJu, 1995, p.155.

cañaverales y expresadas en la configuración espacial y arquitectónica de los pueblos azucareros, condicionaron la dinámica sindical.

Ahora bien, una arista intrínseca del proceso de sindicalización de los años cuarenta fue “la recuperación del orgullo y la autoestima de la clase trabajadora”.³ La posibilidad de los trabajadores de denunciar situaciones de injusticia, de interpelar formas de deferencia y de cuestionar situaciones de humillación modificó las vivencias asociadas a la masculinidad y transformó la experiencia de la clase obrera. En tal sentido, en la segunda parte de este texto analizaremos cómo los repertorios de confrontación, la construcción de liderazgos y las formas de negociación sindical fueron modelados, no sólo por las agencias estatales y las particularidades de la “coyuntura de oportunidades”, sino por la manera en que el peronismo redimensionó la masculinidad obrera.

En síntesis, siguiendo estas rutas de análisis, examinaremos de qué forma entre 1944 y 1949 las cuestiones de clase, género y oficio adquirieron nuevos sentidos y gravitaron en la dinámica del emergente sindicalismo azucarero. El recorte temporal propuesto comienza con la fundación de Federación obrera y culmina en 1949, cuando la huelga azucarera de octubre concluyó con la intervención de FOTIA y FEIA. Este proceso, que continuó a lo largo de la primera década peronista, trastrocó la dinámica sindical imprimiendo nuevos rumbos a la vida asociativa azucarera.⁴

El impacto de las jerarquías y los oficios en el asociacionismo azucarero

Diversos estudios han centrado su atención en la forma en que la desigualdad social se proyecta en términos de división y de conflictividad, condiciones que atentan contra la generación de confianza y reciprocidad que se necesita para emprender acciones colectivas. “El asociacionismo permite detectar la existencia de la división social, cuando observamos la incapacidad de colaborar en iniciativas conjuntas o la creación de entidades competidoras o rivales”.⁵ En tal sentido, repensar la forma en que las jerarquías condicionaron la dinámica asociativa de los obreros y empleados azucareros y las desigualdades derivadas de la posesión de un oficio gravitaron al interior del sindicalismo nos permitirá reflexionar sobre las particularidades del proceso de agremiación en la zona azucarera tucumana.

A fines del siglo XIX, el despegue azucarero convirtió a las fábricas en el epicentro de un conjunto de transformaciones socio-económicas. “La tecnología más moderna en el proceso industrial y la difusión de exquisitas manifestaciones de la vida burguesa en los *chalets* de los propietarios de ingenio, acompañaban a aquellos rasgos típicos de la pobreza, el atraso y el subdesarrollo cuya más dramática manifestación fueron los ranchos de *maloja* de los *peladores* de los cañaverales”.⁶

Alrededor del ingenio se estructuró esta contrastante realidad que caracterizó a los pueblos azucareros. Los pobladores se conocían, de alguna forma todos estaban vinculados a la fábrica,

³ Daniel James, **Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 50.

⁴ Una aproximación a este proceso en Florencia Gutiérrez, “La dirigencia de FOTIA y los sindicatos de base: tensiones y conflictos en el proceso de sindicalización azucarero. Tucumán, 1944-1955”, en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein (comps.), **El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas**, Tucumán, EDUNT, 2012, pp.133-169.

⁵ Jordi Planas y Francesc Valls-Junyent, “Desigualdad, asociacionismo y conflictividad social en un núcleo de la Cataluña Rabassaire (1890-1936)”, **Historia Social**, n°72, 2012, p.90.

⁶ Daniel Campi, “Contrastes cotidianos. Los ingenios del norte argentino como complejos socioculturales, 1870-1930”, **Varia Historia**, vol. 25, n°41, 2009, p. 247.

“lo que trasladaba el escalafón laboral a la vida cotidiana, formándose así una sociedad de clases donde arriba estaba el Administrador, luego los jefes jerárquicos, los empleados administrativos, los obreros fabriles y los peones de surco, que trabajaban los cañaverales, los de abajo”. Esta marcada estratificación social culminaba con los obreros temporarios, quienes llegaban para la época de zafra de las provincias vecinas, particularmente de Santiago del Estero y Catamarca, así como del Valle Calchaquí.⁷ Estas desigualdades se proyectaron en la particular conformación de los pueblos azucareros, su fisonomía condensaba el universo de jerarquías y divisiones sociales que contribuye a explicar la diferenciada dinámica que asumió el sindicalismo durante el primer peronismo.

La configuración de estos espacios tenía su epicentro en el *chalet* de los propietarios del ingenio, ubicado por lo general en las cercanías del ingenio, la distancia o proximidad que el resto de las viviendas tenían con este bifronte centro neurálgico proyectaba el “estatus social” de sus habitantes. “Las destinadas a los pocos empleados jerárquicos y técnicos se ubicaban pegadas o frente de las fábricas, luego las de los empleados administrativos, más alejadas la de los obreros permanentes y, luego de éstas, los pabellones o conventillos destinados a los trabajadores temporarios”.⁸

Esta distribución espacial era refrendada por la calidad, diseño y comodidades de las construcciones. Las viviendas de los técnicos y empleados eran espaciosas, contaban con dos o tres dormitorios de amplias dimensiones, un local para sanitario y un ámbito para escritorio. La arquitectura de los hogares de los obreros permanentes variaba según el ingenio pero, por lo general, a medida que avanzó el siglo XX los techos de paja fueron reemplazados por tejas o chapas de cinc y los ladrillos cocidos empezaron a dominar la construcción de los pisos. Dos elementos definían estas casas de material, por lo general de uno o dos cuartos: la galería y la inexistencia de pasillos de circulación. A fines de los años treinta, las galerías empiezan a ser reemplazadas por un porch o pequeño pórtico.⁹ Finalmente, los trabajadores temporales de surco ocupaban los denominados “cuartos” o “conventillos”, es decir, construcciones integradas por seis, ocho o diez unidades habitacionales en “forma de tira”. Todavía a lo largo del primer peronismo, estas estructuras, que disponían de un solo cuarto, compartían el uso de la galería, la cocina y la letrina. Los “peladores de caña” también solían instalar precarios ranchos construidos con troncos y maloja.

Los contrastes propios de la división social se proyectaban y reproducían en múltiples instancias y aspectos de la cotidianeidad obrera. En lo referente al espacio doméstico, las nociones y vivencias de lo privado diferían sustancialmente. En el vértice de la pirámide laboral los administradores y el personal jerárquico podían disfrutar de espacios diferenciados, lo que les permitía vivir “hacia adentro” e independizar sus actividades diarias (descanso, alimentación, ocio, higiene). En el extremo opuesto, la falta de diferenciación espacial obligaba a los trabajadores de surco, muchos de los cuales se trasladaban con sus familias, animales y enseres, a vivir “hacia afuera” y en compañía de muchos otros. Letrinas y cocinas comunitarias y una sola habitación utilizada para el descanso potenciaban el uso de la galería y los espacios a cielo abierto.

⁷ Lucía Mercado, *El Gallo Negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*, Tucumán, Producciones Gráficas, 1999, p.16.

⁸ Daniel Campi, 2009, *op. cit.*, p. 254.

⁹ Olga Paterlini de Koch, *Pueblos azucareros de Tucumán*, Tucumán, Instituto Argentino de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y el Urbanismo, 1987, pp. 87-90 y p.111.

Las actividades deportivas no escaparon a esta asimétrica realidad: el tenis para “los ricos”, el fútbol para “los de abajo”. Por ejemplo, en el ingenio Santa Lucía (fundado en 1883 y emplazado en el departamento de Monteros) existían dos canchas de tenis, las que eran usadas por el personal jerárquico y administrativo, sus mujeres e hijos. Los obreros decían que era un deporte “para los ricos”, la indumentaria propia de su práctica lo hacía un “juego oneroso; de todas maneras, lo jugáramos o no, crecimos viendo tenis y tenistas [pero] donde brillaban los de abajo era en el fútbol”.¹⁰ En el San Pablo (propiedad de la familia Nougues y ubicado en el departamento de Famaillá), la proximidad o lejanía con el ingenio dividía a sus pobladores, se denominaba “los de abajo” a quienes vivían cerca de la calle principal y de la fábrica, “los de arriba” eran aquellos que se alejaban de estos referentes de la vida del pueblo. En palabras de Delicia Fermín de Quintana, quien nació y vivió en el pueblo de San Pablo, “la gente se diferenciaba mucho por donde vivía” y las misas dominicales reproducían esta desigualdad social.

“los Nogueuses tenían la parte de la nave, ahí tenían sus sillas en la misa, era muy característico, los de arriba entraban por un lado y los de abajo por el otro costado, cuando no podían, no entraban, se ponían mas al medio, pero no los vaya a tocar una de arriba, era de gracioso, bien marcada la diferencia, y nosotros, la gente, hasta que no llegaban los Nogueuses la misa no empezaba, se ubicaban y recién, y después que terminaba salían primero y después nosotros”.¹¹

Ni siquiera los festejos o espacios de sociabilidad informal lograban relajar ese entramado de diferencias y deferencias. Obreros del Mercedes (fábrica fundada en 1856 y ubicada en el departamento de Famaillá) relataban que cuando los propietarios de los ingenios “hacían la tierra, a finales de zafra, y ponían los tablones con que le daban un poco de carne al obrero: el de surco estaba allá, el de fábrica aquí, el empleado aquí y el otro allá. Nadie podía cruzar de un lado para otro”. Las desigualdades también convertían a la cultura material en un instrumento de diferenciación social y en una estrategia de dominio y preponderancia. En el Mercedes se “hacía el distinguo para poder controlar”: el empleado debía usar zapatillas; el obrero de fábrica, alpargatas negras; y el de surco, coloradas. “¡Y guarda con cambiar de color!”¹²

Si los pueblos azucareros eran la encarnación espacial de las jerarquías socio-laborales, las fábricas eran el ámbito donde estas diferencias eran alimentadas y perpetuadas por la disímil ubicación y responsabilidad que cada actor tenía en la cadena productiva. En los ingenios predominaba una estructura piramidal centralizada, “todas las funciones de coordinación y contralor fluían de forma ascendente hacia la cabeza del establecimiento” representada por el administrador, quien contaba con la colaboración de mayordomos, jefes de fábrica y de cultivo, capataces, etc.¹³ Estos referentes de la jerarquía azucarera actuaban como agentes patronales

¹⁰ Lucía Mercado, 1999, *op. cit.*, p.70.

¹¹ Entrevista realizada a Delicia Fermín de Quintana por Lucía Santos Lepera, agosto de 2008. Véase Lucía Santos Lepera, “La *Acción Católica* tucumana. Sociabilidad y cultura religiosa en la década de 1930. El caso del Centro de Hombres de San Pablo”, en *Miranda Lida* y Diego Mauro (coords.), *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina, 1900-1950*, Rosario, Prohistoria, 2009, p.150.

¹² Entrevista realizada a Rafael Desantis por Fernando Siviero, noviembre de 1988, en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, 2012, *op. cit.*, p. 355. Rafael Desantis fue dirigente de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) entre 1963 y 1976. Se desempeñó como dirigente sindical del ingenio Mercedes y como secretario general de la Delegación Provincial de la Confederación General del Trabajo entre 1964 y 1966.

¹³ Daniel Moyano, “Firmas familiares, empresariado e industria azucarera en Tucumán, 1895-1945”, Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2011, p. 98.

encargados de supervisar los procesos laborales e imponer los ritmos productivos. Las tareas desempeñadas por este segmento laboral proyectaban la mirada y los intereses patronales generando la empatía entre empleados e industriales, componente tradicional de la vida en las fábricas. Como contrapunto, las desavenencias con los trabajadores fueron una constante.

El ingenio era un mundo eminentemente de hombres, podría definirse como un universo de masculinidades jerarquizadas donde los “subalternos experimentaban la dinámica vertical de la humillación de género en relaciones con hombres dotados de un poder superior”.¹⁴ El insulto verbal y el maltrato engendrado en la cotidiana supervisión de los procesos laborales fue un foco de conflictos tradicionalmente denunciado por los obreros. Sin embargo, fue recién con la “coyuntura de oportunidades” abierta con el golpe de Estado de 1943 y el peronismo cuando los trabajadores esgrimieron el “maltrato” o el “trato desconsiderado” como una reiterada causa para la declaración de huelgas.¹⁵ Este fue el motivo por el que en septiembre de 1945 los obreros del ingenio San José (ubicado en el departamento Tafi y fundado en 1848) reclamaron la cesantía del jefe de fabricación y los del Mercedes solicitaron el relevo de dos empleados. En diciembre de ese año el sindicato de La Trinidad (inaugurado en 1878 y emplazado en el departamento de Chicligasta) se declaró en huelga para exigir la separación del administrador de la fábrica y en solidaridad 11 establecimientos del sur de la provincia se plegaron a la medida de fuerza y paralizaron las tareas durante 15 días. En 1947 obreros del Cruz Alta (ubicado en el departamento homónimo fue fundado en 1824) denunciaron el trato “desconsiderado” del administrador Carlos Becker. Sucesos de este tenor se multiplicaron por la geografía azucarera a lo largo de la década de 1940.

Este tipo de conflictos invita a reflexionar sobre la forma en que la “revolución de junio” de 1943 y el peronismo cuestionaron “un conjunto de supuestos concernientes a las relaciones sociales, las formas de deferencia y los acuerdos” que conllevó a interpelar los “sentidos de los límites”, y lo que a partir de ese momento podía soportarse, expresarse y discutirse.¹⁶ Esta capacidad herética contribuyó a resignificar las nociones de lo justo y habilitó la denuncia pública de situaciones que antes se dirimían al interior de los ingenios o de forma velada. Respaldados por el apoyo estatal, los subalternos denunciaron históricas situaciones de injusticia y articularon formas de resarcimiento social. El decidido aliento que el Estado brindó al proceso de sindicalización, los canales instrumentados para el cumplimiento de la emergente legislación laboral (desde la Delegación Regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión hasta la creación de Tribunales de Trabajo) y la contención que el gobierno brindó a las demandas obreras alentó experiencias de reparación moral, dinamizando el poder disruptivo del peronismo. En síntesis, los límites de los reclamos y expectativas de los de abajo se modificaron contribuyendo a subvertir los tradicionales términos de la deferencia.

Ahora bien, el desmedido ejercicio de las funciones de control laboral se imbricó con otras prácticas que afectaban la cotidianeidad de las familias obreras. Por ejemplo, la persistencia del sistema de proveedurías fue un disparador de injusticias que involucró de distinta forma a los

¹⁴ Steve Stern, *La historia secreta del género. Mujeres, hombres y poder en México en las postrimerías del periodo colonial*, México, FCE, 1999, p. 241.

¹⁵ Recuperar las aristas conflictivas de la vida en las fábricas azucareras no implica desconocer que el consenso y la solidaridad también operaron en estos espacios laborales y que la tradicional empatía entre empleados e industriales también se resquebrajó con la irrupción del peronismo. Sin embargo, los altos niveles de conflictividad entre obreros y empleados nos obliga a reflexionar sobre su gravitación en el universo azucarero.

¹⁶ Daniel James, 2006, *op. cit.*, p. 46.

empleados.¹⁷ En 1931 los obreros del ingenio San Juan (instalado en el departamento de Cruz Alta fue fundado en 1870) denunciaron al capataz, quien obligaba a los obreros “a sacar las mercaderías pagando dos veces lo que valen, porque sino nos hechan [sic] El administrador a quien lo compadorean (diciéndole niño Ramoncito), les permite todos esos abusos porque él también es igual que ellos, un perverso cargado con plata y nada más”.¹⁸ En 1944, un grupo de madres, esposas e hijas de obreros del Florida (ubicado en el departamento de Cruz Alta y fundado en 1894) denunciaron la complicidad del mayordomo con las propietarias de las proveedurías del ingenio, quienes cuando se pagaban los salarios estaban presentes “contraviniendo disposiciones en vigor, y consiguen resarcirse de su dinero antes de que este vaya a manos de los obreros porque el mayordomo encargado de los pagos, va haciendo los descuentos”.¹⁹

La lábil frontera entre lo público y lo privado gravitó en los aspectos más disímiles de la vida familiar. En el ingenio Santa Ana (fundado en 1889 y ubicado en el departamento de Río Chico) los obreros permanentes denunciaron que su administrador les cobraba dos pesos mensuales a todo aquel que tenía animales para su uso particular y disponía “de la entrega” de los mismos a la “policía destacada en el ingenio”.²⁰ En el Mercedes existía un “comisario” que por las noches recorría el cuadro del ingenio para escuchar “lo que la gente contaba en su intimidad” y cualquier expresión “inconveniente” podía significar el despido del trabajador.²¹ Sin embargo, la afrenta más grave se vinculaba con las mujeres de los obreros, quienes podían sufrir los abusos sexuales del personal jerárquico. Género y masculinidad se cruzaban de múltiples formas en este tipo de humillaciones. El ataque directo y doloroso hacia las mujeres encarnaba la debilidad masculina y de clase de los obreros frente a sus superiores.²²

Ahora bien, cabe preguntarse de qué forma las cuestiones de clase también fueron atravesadas por variables étnicas. Es posible suponer que la presencia de personal jerárquico, técnicos y empleados administrativos de origen o descendientes de alemanes, ingleses, franceses o suizos alimentara el ordenamiento diferenciado de masculinidades desde la arena de la etnicidad. Se puede pensar que clase y etnia constituían un binomio en constante retroalimentación.

Este universo de jerarquías y contrastes se proyectó en el sindicalismo azucarero. Su fisonomía expresó la lucha de clases y la falta de reciprocidad que desde el despegue azucarero había caracterizado al complejo agroindustrial. Al calor del estímulo estatal, desde fines de 1943, los obreros de fábrica y surco de los distintos ingenios comenzaron a organizarse en sindicatos. La propagación del movimiento asociacionista fue vertiginosa. Finalmente, el 8 de junio de 1944 se fundó la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA), que sustentó su

¹⁷ Si bien entre las conquistas de la huelga azucarera de 1904 se contabiliza la abolición de “la ración” y el “vale”, la persistencia de las proveedurías siguió siendo un motivo de denuncia obrera, problema recuperado en los primeros petitorios de FOTIA.

¹⁸ *El Orden*, 29/04/1931. Referencia extraída del artículo de María Ullivarri, “Sindicatos en la ‘capital del azúcar’”. Organización y lucha en el mundo del trabajo de la provincia de Tucumán (Argentina), 1930-1943, *Historia Agraria*, n° 55, 2011, p. 111.

¹⁹ *La Gaceta*, 01/09/1944.

²⁰ *Tropico*, 09/06/1948.

²¹ Entrevista realizada a Rafael Desantis por Fernando Siviero, noviembre de 1988, en Gutiérrez y Rubinstein, 2012, *op. cit.*, p. 349.

²² Frente a las situaciones de injusticia, las formas de resistencia obrera fueron diversas: las fugas de los lugares de trabajo, las huelgas, la quema de cañaverales, el trabajo a desgano y la rotura de la maquinaria fueron algunas de las expresiones que asumió el descontento desde el despegue azucarero. Remitimos a Daniel Campi, “Trabajo, azúcar, disciplinamiento y resistencia. El caso de Tucumán, Argentina (segunda mitad del siglo XIX)”, en Alberto Viera (et. al.), *Historia do Açúcar. Fiscalidade, metrologia, vida material e patrimonio*, Madeira, Centro de Estudos de História do Atlântico, Madeira, 2006, pp. 187- 215.

trama asociativa sobre la organización de un sindicato por ingenio.²³ En su primer petitorio, de agosto de 1944, la Federación precisó los límites de pertenencia obrera al señalar que aunque reconocían el derecho de los técnicos, empleados y personal superior de la administración a bregar por sus aspiraciones no era a “los más humildes” a quienes les correspondía “la defensa de sus posiciones”.²⁴

Como contrapunto, estos trabajadores avanzaron en su agremiación, proceso que se plasmó en la conformación de la Federación de Empleados de la Industria Azucarera (FEIA), en febrero de 1945. Manuel Díaz, obrero del ingenio Mercedes, expresó esta realidad de la siguiente forma:

“La FEIA nace como consecuencia de no ponerse de acuerdo entre empleados y obreros en su base. Es decir que en el ingenio, el capataz -que era empleado- no se sentía cómodo siendo afiliado al sindicato donde estaban los obreros. O el obrero lo rechazaba, porque el capataz lo controlaba, y no admitía que esté en su propio sindicato. Entonces de ahí es que nace esa organización.”²⁵

La irrupción de la Federación de empleados generó la extrañeza de los industriales, quienes ante la primera declaración de huelga expresaron el desconcierto que les causaba “el error de procedimiento en que incurri[an] los colaboradores inmediatos de la labor diaria” en los ingenios. Lamentaban que la medida de fuerza entorpeciera el “ambiente de armonía y armoniosa comprensión que ha llevado al mejoramiento de las condiciones de retribución [...] sin necesidad de apelar a otro arbitrio del que surge de la mutua estima nacida al calor de compartidas tareas”.²⁶ Con sorpresa declaraban que los perjuicios de las huelgas no se comparaban con el “daño moral que para los ingenios entraña tan insólita actitud”.²⁷

En síntesis, el conflicto de clases existente en el contexto de desigualdades azucareras gravitó y se expresó en la fisonomía y dinámica del sindicalismo local, escindido en dos Federaciones, una de obreros y otra de empleados. Sin embargo, el impulso asociacionista estatal también puso en tensión la histórica empatía que había caracterizado la relación entre los empleados y los industriales.

En un contexto de mayor horizontalidad, el asociacionismo obrero también estuvo surcado por divisiones y jerarquías. Una primaria diferencia era la que escindía a los obreros temporarios de los permanentes. Los “peladores de caña” remarcaban la particular condición de quienes “trabajaban todo el año”, a diferencia de ellos que únicamente lo hacían en los meses de la zafra. Por su parte, los estables reconocían que tenían condiciones “económicas muy diferentes [...], nosotros vivíamos en casas con luz eléctrica y ellos en casitas de maloja”.²⁸

“Eran gente humilde, callada, muy sacrificada, hasta sometida. Se sabían el último orejón del tarro en una escala industrial y social haciendo un trabajo de cultivo y recolección de cañas totalmente manual que era arduo, demoleador, envejecedor [*sic*] de sus cuerpos [...] las condiciones laborales y sanitarias eran las de quienes creían que las cosas tenían que ser así”.²⁹

²³ El surgimiento de la FOTIA, especialmente su vinculación con el peronismo, en Gustavo Rubinstein, **Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano**, Tucumán, Travesía, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Tucumán, 2006.

²⁴ Emilio Schleh, **Compilación legal sobre el azúcar**, t. XI, Buenos Aires, Imprenta Ferrari, 1947, p. 267.

²⁵ Entrevista realizada a Rafael De Santis por Fernando Siviero, noviembre de 1988, en Gutiérrez y Rubinstein, 2012, *op. cit.*, p. 345.

²⁶ Emilio Schleh, 1947, *op. cit.*, p. 439.

²⁷ *Idid*, p. 450.

²⁸ Entrevista realizada a Manuel Parés por María Celia Bravo y Pedro González, diciembre de 1991, en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, 2012, *op. cit.*, p. 315.

²⁹ Lucía Mercado, 1999, *op. cit.*, p.89.

En su gran mayoría eran santiagueños o catamarqueños pero también llegaban los “coyas”, como se les llamaba a quienes venían de Tafi del Valle, el Mollar, Ampimpa, Amaicha, Los Zazos o Santa María (departamento de Tafi del Valle). En ocasiones, la llegada de estos trabajadores fue cuestionada por sus pares tucumanos, quienes intentaron resistir la incorporación de los “peladores foráneos” con el propósito de desarrollar la totalidad de las tareas de cosecha. La pretensión de los trabajadores locales se sumaba a las críticas que los foráneos realizaban contra el sindicalismo local, acusado de asignarlos en lugares donde la remuneración era inferior y desalentar su arribo en razón de la elevada cuota sindical.³⁰

Las disímiles condiciones de la vida material, la discriminación laboral, la gravitación de las cuestiones étnicas --que promovía agrupamientos espaciales en función del lugar de procedencia--, configuraron jerarquías obreras asentadas en marcadas implicancias socio-económicas y racializadas. “Los de abajo” modelaron un universo signado por las divisiones y asimetrías, mosaico de diferencias sociales que se actualizaba anualmente durante la zafra. Ahora bien, las tensiones se conjugaban con los intercambios y la reciprocidad, los temporarios ofrecían a los pobladores azucareros sus quesos, arrope, mistoles, tunas, dulces, cubrecamas de lana de ovejas, ponchos de llama o vicuña. A su vez, la llegada de estos migrantes dinamizaba las actividades comerciales del pueblo y de algunas mujeres, quienes “recorrían uno a uno esos caseríos cargando sendas valijas repletas de: aros, anillos, cadenas, colgantes, prendedores dorados y plateados, hebillas [...] jabones de cara, cremas de yadermina, Tortulán y humectantes”.³¹

Ahora bien, el más visible conflicto que amenazó con escindir a la Federación obrera fue el sustentado en la cualificación, es decir, en “el saber” de un oficio. A pesar de su propuesta aglutinante, impulsora de la sindicalización conjunta de los obreros de fábrica y de surco, la FOTIA fue desbordada por los pedidos de dos especialidades agroindustriales que intentaron la agremiación diferenciada, es decir, por fuera de la Federación. Los intentos divisionistas procedieron de los segmentos laborales que contaban con mayor grado de especialización: los maestros de azúcar y los mecánicos. Estos actores remarcaron que la relevancia de su oficio, sustentado en el “conocimiento” y la “práctica”, los convertía en un componente esencial y diferenciado en la cadena productiva agroindustrial, condición que avalaba sus pedidos de agremiación. Como sucedió en otras ramas industriales, la especificidad de actividades desempeñadas “propició la asociación separada de quienes encontraban en su perfil ocupacional el nexo de pertenencia a un colectivo con tareas y problemas similares”.³²

Es posible pensar que frente a los beneficios que implicaba el avance de la sindicalización azucarera alentada desde el Estado, las históricas jerarquías obreras, propias del dispar grado de cualificación de maestros y mecánicos, temporalmente se hayan desdibujado. Es más, el proceso asociativo estuvo liderado por muchos técnicos y obreros de la rama mecánica. Manuel Parés, quien se desempeñaba como segundo jefe mecánico del ingenio Mercedes fue uno de los más destacados referentes de la organización de FOTIA. Su testimonio revela el peso que tuvieron estos trabajadores en las primeras fases organizativas del sindicalismo azucarero

³⁰ *Trópico*, 14/07/1949.

³¹ Lucía Mercado, 1999, *op. cit.*, p. 91.

³² José A. Piqueras, “El oficio ferroviario: especialización, solidaridad y política”, en Vincent Sanz Rozalén y José A. Piqueras (eds.), **En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta**, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, p. 109.

“todos trataron, al igual que en Mercedes, de poner algunos de los técnicos en los sindicatos. El que no era herrero, era tornero, era segundo jefe, jefe mecánico, etc. [...] ¿Sabe por qué los patrones no se oponían del todo? Porque comenzaron los operarios especializados, que a los ingenios les hacía mucha falta. Pensaron que no les iban a hacer mucha contra porque, al fin y al cabo, eran los que estaban bien en el ingenio, no dejaban de trabajar nunca, siempre estaban ganando los sueldos”.³³

En efecto, la configuración de los primeros sindicatos se vinculó con la emergencia de una dirigencia que no sólo contaba con un cierto grado de escolarización, sino que detentaba niveles de cualificación laboral, obreros “de un nivel un poco más alto en materia de trabajo dentro de la fábrica”.³⁴ Esta condición, que podían ostentar los mecánicos o los maestros de azúcar, los posicionaba en un lugar de relevancia en la cadena productiva y, por ende, potenciaba la dependencia que de su trabajo tenían los industriales, situación retribuida en términos salariales, de estabilidad laboral y con la asignación de una vivienda.

Sin embargo, esta coyuntural imbricación en los inicios del sindicalismo no tardó en evidenciar los intersticios por los que emergieron las reivindicaciones en base al oficio y el grado de cualificación. En febrero de 1945 los maestros de azúcar de 21 ingenios formaron la Unión Gremial de Maestros de Azúcar y Afines (UGMAA). Frente a la irrupción de esta asociación, que autorizaba a trabajadores originalmente contemplados en la estructura de la FOTIA, las autoridades de la central obrera desautorizaron al naciente gremio.³⁵

En medio de las tensiones desencadenadas por lo que era percibido como un intento divisionista, en mayo de 1945, la flamante organización laboral solicitó a la Delegación Regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión su reconocimiento sindical. Alegaron que sus labores constituían un “factor esencial y de distinta importancia en comparación a las otras especialidades” que intervenían en la fabricación del azúcar. El pedido fue rechazado, la Delegación argumentó que aceptarlo sería introducir un principio de anarquía y disgregación en el universo obrero. De esta forma, se vulneraría el ideal organizativo de la FOTIA que contemplaba la situación de todos los trabajadores de la agroindustria “sin admitir situaciones de privilegio para ningún sector determinado de trabajadores”.³⁶ La posición diferenciada de esta especialidad al interior de los ingenios se reflejó no sólo en términos salariales, sino también en el acceso a la mensualización durante la zafra, beneficio que hasta ese momento sólo era patrimonio de los empleados.³⁷

La Unión Gremial remarcaba con insistencia

“el papel preponderante que en la industria tiene asignado el maestro de azúcar. Tiene tanta importancia, en su concepto, como la industria misma, ya que de su técnica y experiencia depende el rendimiento fabril y la calidad del producto obtenido. Prueba elocuente de ello es que el maestro de azúcar sólo llega al desempeño de tan delicada función, después de acreditar en forma paulatina y desde los más modestos cargos su competencia a través de largos años de ininterrumpido trabajo [...] De ahí

³³ Entrevista realizada a Manuel Parés por María Celia Bravo y Pedro González, diciembre de 1991, en Gutiérrez y Rubinstein, 2012, *op.cit.*, p. 314.

³⁴ Entrevista a Manuel Desantis realizada por Fernando Siviero, noviembre de 1988, en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, 2012, *op.cit.*, p. 354.

³⁵ *La Gaceta*, 14/02/1945 y *La Industria Azucarera*, febrero de 1945, n°616, t. II, p. 121.

³⁶ *La Industria Azucarera*, mayo de 1945, n°619, t. I, p. 264.

³⁷ El decreto de 1948 estipulaba para el maestro de azúcar de primera un jornal de \$13,80 en época de cosecha (el más alto de la planilla salarial), mientras que el peón recibía \$7,20. Schleh, *op. cit.*, tomo XIII, 2 parte, p.43.

que si se pueden improvisar otras funciones en una fábrica azucarera, esto jamás ocurre con quien ha de desempeñar ese puesto”.³⁸

La rama mecánica fue otra de las especialidades laborales que intentó separarse de la FOTIA para conquistar la agremiación diferenciada. Desde marzo de 1947, la prensa se hizo eco de dichas intenciones, las que despertaron la desaprobación de algunos dirigentes obreros y del propio consejo directivo de la Federación, al expresar que “no permitirá el divisionismo en la clase trabajadora de la Industria Azucarera, ya que ello significaría la desintegración en otras tantas entidades sindicales como especialidades haya en la Industria”.³⁹

En junio de 1948 la Rama Mecánica y Afines de la Industria Azucarera convocó a una asamblea y ratificó su conformación como “organismo autónomo, es decir, independiente de FOTIA”. Al igual que los maestros de azúcar sustentaron su pedido en la “vital importancia” de estos trabajadores, quienes tenían “problemas propios y específicos” que requerían de un tratamiento especial. Remarcaban que su

“organismo agrupa alrededor de cuatro mil trabajadores [...] comprendiendo las actividades que despliegan, desde la más simple operación de limpieza y reparación hasta la más complicada, que es el montaje de las maquinarias de la industrialización del azúcar. La responsabilidad que nos impone el desempeño de nuestras tareas, nos obliga a tener algunos conocimientos técnicos logrados a base de estudio”.⁴⁰

A decir de los mecánicos, sus particularidades habían sido ignoradas por la dirigencia de la FOTIA al no otorgarles representación en su consejo directivo, ni admitir a sus representantes en las comisiones que realizaban las negociaciones laborales. Esta situación hacía “que los salarios de nuestros afiliados, como otras tantas mejoras sociales están por debajo [del] esfuerzo y la responsabilidad a que estamos obligados en el desempeño de nuestras funciones”.⁴¹

De esta forma, las históricas desigualdades sociales que signaron la vida en los ingenios modelaron la dinámica y fisonomía del sindicalismo azucarero. Este universo de masculinidades jerarquizadas se proyectó en la fundación de FOTIA y FEIA, organizaciones que plasmaron en la arena gremial las tradicionales divisiones socio-laborales de la agroindustria. Por su parte, el asociacionismo obrero no pudo escapar a las tensiones asociadas a la cualificación. Los saberes y las prácticas que definieron la especialidad de los mecánicos y maestros de azúcar engendraron jerarquías que, alentadas por el impulso sindical estatal, amenazaron con erosionar la unidad gremial.

Género y azúcar: los sentidos de la masculinidad en los ingenios

La trama de relaciones interpersonales construida en la cotidianeidad de los ingenios implicaba la recreación de experiencias vinculadas a la afirmación y degradación de la masculinidad.⁴² A

³⁸ *Ibid.*, pp. 56-57.

³⁹ *Trópico*, 23/03/1947 y 17/07/1947.

⁴⁰ *Trópico*, 04/06/1948.

⁴¹ *Trópico*, 28/06/1948.

⁴² Para el espacio latinoamericano, la esfera laboral fue recuperada como un espacio clave para la construcción de la masculinidad. Remitimos a los trabajos de Thomas Klubock, “Hombres y mujeres en El Teniente. La construcción de género y clase en la minería del cobre, 1904-1951”, en Lorena Godoy (et al.), **Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX**, Santiago de Chile, CEDEM, 1995, pp. 223-253, Fernando Teixeira da Silva, “Valentía e cultura do trabalho na estiva de Santos”, en Claudio Batalha, Fernando Teixeira Da Silva y Alexandre Fortes (comps.), **Culturais de classe**, Campinas, UNICAMP, 2004, pp.205-245; Silvana Palermo,

continuación analizaremos dos dimensiones de esta interacción: la de los obreros con sus superiores y la de los obreros con sus iguales. Adentrarnos en las implicancias de estas experiencias nos permitirá acercarnos a la forma en que las cuestiones de género modelaron las relaciones laborales, la dinámica sindical y la construcción de liderazgos.

Como ya fue señalado, las humillaciones sufridas por los obreros por parte de los administradores y capataces fueron una faceta de las relaciones de poder reproducidas al calor de la cotidianeidad de las fábricas. En este contexto, es posible suponer que la peor equivalencia entre debilidad de clase y debilidad masculina tenía lugar cuando los superiores ‘tomaban’ a las mujeres e hijas de los subalternos.⁴³ En algunas ocasiones la prensa reprodujo este tipo de apoderamientos, como en 1931 cuando obreros del San Juan denunciaron que los mayordomos y capataces pretendían abusar de sus mujeres e hijas “y, el que reclama, a la calle, como dicen ellos”.⁴⁴ Similar situación se vivía en el ingenio Santa Rosa, cuando “el hijo de los propietarios le decía “al capataz: ‘che, esa mujer la quiero esta noche’. Y si no la conseguía, al otro día los ponían en el carro, los sacaban y los tiraban a la calle con todos los pequeños muebles que tenían ¡Hasta eso se ha llegado!”.⁴⁵

Estas humillaciones eran la expresión de la desigualdad: afirmaban la masculinidad superior de los administradores y patrones y revelaban la imposibilidad de los subalternos de proteger a sus mujeres, con el consiguiente menoscabo de su propia virilidad. La asimetría propia de esta relación volvía casi imposible la contraofensiva, lo que otorgaba al abuso una fuerza adicional sustentada en la preponderancia de poder.⁴⁶ La debilidad masculina y de clase de los obreros se exponía de forma descarnada.

Por su parte, obreros del Mercedes recordaban los abusos cometidos por el administrador del ingenio.

“Él hacía una fiesta que se llamaba de “la herra” -porque tenían hacienda-, y por ejemplo, mujeres bonitas que había, él se encargaba de hacerlas invitar. ¡Que vayan! Sea casada o soltera. Y el marido tenía la obligación de permitirle que vaya. Entonces había un tren que recorría más o menos quince kilómetros y se iba al pie de la montaña. Ahí había un chalet. Ahí era “la herra”. Y se pasaban tres o cuatro días de orgías. Entonces el individuo, la gente de ese pueblo ha ido creando odio hacia esa gente, hacia esa persona. Pero llegado el momento lo desata y exige la ida”.⁴⁷

“Masculinidade, conflitos e solidariedades no mundo do trabalho ferroviário na Argentina (1912-1917)”, *Revista Mundos do Trabalho*, vol. 1, nº2, 2009, pp. 94-123.

⁴³ Steve Stern, 1999, *op.cit.*, p. 236.

⁴⁴ *El Orden*, 29/04/1931. Referencia tomada del artículo de Ullivarri, *op. cit.*, 2011, p. 111.

⁴⁵ Entrevista realizada a un obrero del ingenio Ñuñorco por Fernando Siviero, mayo de 1989, mimeo.

⁴⁶ Steve Stern, 1999, *op. cit.*, p. 240. La literatura también recreó este tipo de abusos, la obra *El cañaveral amargo* recupera la figura del administrador del ingenio de la siguiente forma: “Las hijas, hermanas y esposas de peones, obreros y capataces, estaban obligadas a soportar sus deseos y apetitos lascivos, sus terribles ataques de lujuria. Ejercía el derecho de pernada, ese viejo privilegio cuyo origen se remonta a la Edad Media”. Eduardo Joubin Colombres, *El cañaveral amargo*, Buenos Aires, Hemisferio Austral, 1954, p. 32.

⁴⁷ Entrevista realizada a Rafael Desantis por Fernando Siviero, noviembre de 1988, en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, 2012, *op. cit.*, p. 349. Testimonios recogidos en el ingenio San Pablo relataron que “el individuo era sometido a un hecho deleznable, si se tenía por ejemplo una mujer o una hija bien parecida, le decía che, mandala a tu hija que quiero que me sirva en la casa y eso tenía una doble finalidad, servirse también de esa mujer [...] por lo menos aquí hemos tenido casos donde estos nogueses engendraron hijos, y se sabía porque sin reconocerlos, reconocían el hecho en sí [...] Y Ud. no tenía derecho al reclamo, a peticionar, y el problema, en el trabajo prácticamente no existía, digo en el sentido de que adónde se iba a quejar. Testimonio extraído de la tesis de licenciatura de Josefina Centurión, “Cultura y sociabilidad en el San Pablo”, Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2000, p. 98.

Esa “ida” se produce en 1945, lo que permite repensar de qué forma a partir de la “revolución de junio” de 1943 y, a lo largo de la primera década peronista, se modificaron los límites de lo que los obreros podían discutir, soportar, impugnar y denunciar. La facultad del peronismo para hacer público aquello que hasta ese momento era vivido en silencio, como un acontecimiento privado, trastocó los límites de las relaciones de deferencia al interior de los ingenios. “La capacidad del discurso peronista para articular esas experiencias no formuladas constituyó la base de su poder, auténticamente herético”.⁴⁸ En este sentido, la posibilidad de los obreros de defender a sus mujeres, de frenar los abusos, invita a repensar cómo la experiencia de clase de los trabajadores azucareros también fue redimensionada desde la masculinidad. Esa hombría tradicionalmente avasallada y ahora recuperada modificó “las relaciones de clase heredadas” y, por ende, resignificó la lucha de clases.

Ahora bien, entre los subalternos el sentido de la masculinidad se construía y afirmaba de múltiples formas. En la arena doméstica, los hombres estaban acostumbrados a administrar el cuerpo y la sexualidad de sus mujeres. Sin embargo, existían intersticios que les permitían a éstas eludir o resistir los mandatos morales y, en ocasiones, acceder a arreglos sexuales con los empleados o personal superior del ingenio. De esta forma, se podían fraguar acuerdos que ponían en escena un “juego cínico de poder sexualizado” donde sobornos, regalos y promesas se entremezclaban con pactos sexuales.⁴⁹

Las “visitas de mujeres” al Casino del ingenio Santa Lucía, construcción que albergaba a empleados jerárquicos solteros, permite pensar en esta posibilidad. Lucía Mercado nos cuenta que en este “refugio de los de arriba” no ingresaban las mujeres, por “lo menos abiertamente”, pero siempre se “hablaba de ‘tal o cual’, que eran asiduas concurrentes, ya sea que entraban furtivamente de noche o a las siestas desoladas”.⁵⁰ Podemos sugerir que estos arreglos informales brindaban a las mujeres cierto control sobre su sexualidad y su cuerpo, a la vez que les posibilitaban mejorar sus ingresos económicos.⁵¹

En casos extremos, sus comportamientos también podían implicar el cuestionamiento del poder y la legitimidad masculina. Los viajes que los hombres del ingenio solían hacer los fines de semana a Famaillá, concretamente sus visitas al prostíbulo llamado la “Puerta Verde”, revelaban la presencia de mujeres no sólo solteras, sino también casadas, quienes tenían una “mentalidad dúctil que les permitía tomar estas acciones [...] como un medio de vida, como una profesión.”

“Se decía que mengano fue allí como cliente y encontró a su hermana ejerciendo la profesión más antigua. La agarró de los cabellos, le dio dos sopapos, la sacó a los empujones y la mandó de vuelta a su casa. El hombre, buen hermano al fin, no le contó el hecho a sus padres pero se peló con la chica que al poco tiempo se fue del pueblo; viajó a Buenos Aires donde se empleó de doméstica e hizo su vida”.⁵²

Entre pares la masculinidad también se dirimía en otro tipo de arenas. Además del fútbol, el juego de bolos --llamado “palitroque”--, las bochas y los naipes, otra de las alternativas destinadas al entretenimiento y la diversión fue la riña de gallos: instancia de cohesión masculina

⁴⁸ Daniel James, 2006, *op.cit.*, p.47

⁴⁹ *Ibid*, p. 237.

⁵⁰ Lucía Mercado, 1999, *op. cit.*, p. 69.

⁵¹ Thomas Klubock, 1995, *op.cit.*, p. 234.

⁵² Lucía Mercado, 1999, *op.cit.*, p. 75.

sustentada en la competencia. El cuidador y jardinero del ingenio Santa Lucía, apodado Gallo Negro por su afición a estas aves, relataba que cuando éstas perdían sentía

“vergüenza por la derrota, es como si me dejaran a mi en el suelo [...] y si gana...bueno...es una gran satisfacción; uno espera que gane porque tiene conocimiento de la capacidad del animal que presenta; uno sabe hasta donde llega. Uno sabe. Yo no peleaba si no sabía que iba a ganar, perdí pocas veces. [Cuando gana] el orgullo me aflora, el corazón me late con fuerza, me siento invencible, miro con desprecio al otro dueño; en el momento final cuando mi contrincante cae levanto mi gallo como trofeo, hasta le doy un beso”.⁵³

Este testimonio condensa de qué forma las riñas de gallos constituían una puesta en escena donde la rivalidad y la virilidad se imbricaban de forma constante. El espectáculo confrontaba la masculinidad de los contrincantes, la camaradería se mezclaba con las actitudes desafiantes y el sentido de competencia. Los gallos eran un instrumento de proyección y afirmación de la masculinidad de sus dueños.

En la esfera laboral, el peronismo implicó una recuperación y afirmación del orgullo y la autoestima de la clase trabajadora, la frase: “con Perón todos éramos machos” sintetiza la forma en que el peronismo consolidó un imaginario social que reafirmaba a la clase trabajadora en términos de virilidad.⁵⁴ En este contexto, la construcción de los liderazgos sindicales también implicó la puesta a prueba de la masculinidad. El alarde que un líder sindical podía hacer de su capacidad para poner en jaque el sistema productivo o enfrentar con altivez las represalias derivadas de ese tipo de actos era una muestra de hombría, que suponía la circulación de nociones de competencia y valor personal.

La figura de Rómulo Chirino, dirigente sindical del ingenio Florida, revela aristas de esas interacciones gremiales donde se ponía en juego la afirmación o degradación de la masculinidad.⁵⁵ En una ocasión Chirino jugó con Matías Saraco, dirigente del sindicato del ingenio Concepción, una apuesta: quién “paraba primero el ingenio”. En razón de la distancia que mediaba con las respectivas fábricas, Chirino pidió salir antes, lo que no sospechó Saraco era que el líder del Florida tenía arreglada la apuesta con los trabajadores desde la jornada anterior. “Había dicho: A tal hora me paran ustedes”.⁵⁶

En 1994 *La Gaceta* le realizó un reportaje a Chirino bajo el sugerente título: “El hombre que paraba los ingenios”, en clara alusión al poder que tenía para detener con un silbatazo las labores del Florida. Así se hizo frecuente el uso del término “chirinada” para aludir a la intempestiva paralización de los procesos de trabajo en las fábricas. Posiblemente, fueron estas prácticas y actitudes la que le valieron el despido del ingenio después de la huelga de 1949, situación que lo

⁵³ *Ibid.*, p. 50.

⁵⁴ Daniel James, 2006, *op. cit.*, p. 50. Cabe precisar que “la virilidad de la clase obrera peronista no era extraña a los discursos que incluso desde las izquierdas predicaban esa conexión de género para atizar la combatividad proletaria. Para notarlo es suficiente revisar la iconografía de las publicaciones periódicas anarquistas, socialistas o comunistas”. Omar Acha y Pablo Ben, “Amorales, patoteros, chongos y pitucos. La homosexualidad masculina durante el primer peronismo (Buenos Aires, 1943-1955)”, *Trabajos y Comunicaciones*, 2ª época, n° 30/31, 2006, pp. 217-261.

⁵⁵ Desde 1939 Rómulo Chirino se desempeñó como obrero del ingenio Florida. A partir de 1944 promovió la formación de sindicatos en distintas fábricas azucareras, sobresaliendo por su labor en la fundación del sindicato El Talar, que agrupaba a los obreros de los ingenios Florida, Concepción y Esperanza. Comprometido con la expansión de la sindicalización azucarera, colaboró con la fundación, en junio de 1944, de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera. Fue secretario general del sindicato del ingenio Florida entre 1946 y 1949, fecha en la que fue despedido de la fábrica.

⁵⁶ Entrevista a realizada a Rafael De Santis por Fernando Siviero, noviembre de 1988, en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, 2012, *op. cit.*, p. 356.

llevó a pasar “por absolutamente todas las fábricas de Tucumán porque de todas me iban echando”. Con altivez también reveló que a pesar de las implicancias de su actividad gremial jamás tuvo protección, “pero no me acuerdo de haber tenido miedo nunca. Si llega la muerte, m’hijo [*sic*], lárguele una carcajada en la cara”.⁵⁷

La violencia y las humillaciones públicas también podían ser parte de la dinámica de las huelgas. El conflicto suscitado en el ingenio Mercedes en noviembre de 1945 expone los repertorios de intimidación que podían ponerse en marcha para obligar a los “indecisos” a plegarse a una medida de fuerza. El asalto o apedreo a las casas de los empleados o personal jerárquico se conjugaba con otro tipo de acciones donde la humillación era la piedra de toque. En esa ocasión, algunos de los trabajadores reacios a la huelga fueron sometidos a maltratos públicos: a Luis Valdez lo llevaron desde El Manantial hasta el sindicato “paseándolo por las calles y haciéndolo objeto de vejámenes”; a Feliciano Álvarez “le pusieron un lazo en el cuello” y lo trasladaron al sindicato “obligándolo a gritar diversas consignas”; a José Escobar lo sacaron violentamente de su domicilio y “lo obligaron a gritar veinte veces ¡Viva Perón!”.⁵⁸ Estas humillaciones, que se hacían “a la vista de todos”, repercutían y comprometían la dignidad de los damnificados.⁵⁹

Asimismo, la cuota de masculinidad presente en las rivalidades gremiales deja entrever no sólo la forma en que podían saldarse los enconos o diferencias, sino las diferentes modalidades que asumió la negociación azucarera durante el primer peronismo. Las disputas sindicales entre Chirino y Manuel Parés, dirigente del sindicato del ingenio Mercedes y Delegado Regional de la Secretaría Regional de Trabajo y Previsión, reflejan estas preocupaciones.

“[Chirino] tenía la fuerza del sindicato y yo tenía mi otra fuerza de un sindicato poderoso [...] pero él era un obrero permanente, común, sin decisión. En cambio yo decía ‘vamos a moler tanto’ y se molía tanto. Él decía ‘vamos a parar el ingenio’ y paraba el ingenio [...] Los problemas eran serios y lo único que él decía era ‘paramos todos’ y paraban todos [pero] nunca me pudo ganar una votación”.⁶⁰

Este contrapunto revela la fisonomía bifronte del sindicalismo azucarero. Chirino representaba a ese mundo asociado a las bases que movilizado por la impronta disruptiva del peronismo sembró la efervescencia y constante movilización de los obreros de fábrica y surco. Por otro lado, Parés encarnaba el perfil de dirigente de la FOTIA y la CGT local, que privilegiaba la vía institucional para la resolución de los conflictos laborales y apostaba por la productividad, preservando una posición de menor confrontación y mayor subordinación gubernamental.

El encono entre Parés y cierta ala del sindicalismo cuya expresión más nítida la encarnaba Chirino alcanzó su punto álgido a fines de 1946. El 28 de septiembre en forma personal Parés se dirigió al ingenio Florida para clausurar la sede del sindicato, que reclamaba el traslado de varios empleados de fábrica y administración, otro tanto ocurrió con la sede sindical del ingenio Concepción, liderada por Saraco. Dos días más tarde, el Delegado Regional declaró ilegales ambas huelgas y decidió la intervención de los sindicatos. El clima de tensión se recrudeció

⁵⁷ *La Gaceta*, 16/05/1994.

⁵⁸ *La Gaceta*, 21/11/1945.

⁵⁹ En esta tónica, en julio de 1945 obreros del ingenio Mercedes denunciaron judicialmente a Chirino, Baltasar Diez y Julio Bustamante por lesiones, violación de domicilio, persecución y difamación. *La Gaceta*, 29/07/1945.

⁶⁰ Entrevista realizada a Manuel Parés por María Celia Bravo y Pedro González, diciembre de 1991, en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, 2012, *op. cit.*, p. 316.

cuando Parés presentó su renuncia como Delegado, argumentando la imposibilidad de desempeñar sus funciones de conciliación en medio de la indisciplina obrera.

En noviembre de ese año, en ocasión de los preparativos por la visita de Eva Perón a Tucumán, los conflictos se agudizaron, en tanto la violencia extrema formó parte de la resolución de las rivalidades entre la dirigencia sindical. El día 30 de noviembre la Plaza Independencia, epicentro de los actos en homenaje a la primera dama, se tiñó de luto. Una avalancha terminó con la vida de ocho personas. A través de una declaración, la FOTIA responsabilizó a Chirino y Saraco como los “pretendidos caudillos” que “instigaron” a los obreros del Florida y Concepción “a atropellar a sus mismas compañeras” para conseguir una ubicación desde donde “pudieran silbar a los oradores”. Durante esa misma jornada Parés sufrió un atentado y las acusaciones recayeron sobre los mencionados dirigentes. La FOTIA señalaría que “solo la mente enfermiza de un irresponsable puede albergar la idea que guió la mano homicida en el atentado”.⁶¹ Días más tarde, Chirino se enteraría que una de las mujeres fallecidas en la avalancha era su madre, Rosa García de 77 años.⁶²

Estos episodios constituyeron uno de los puntos más álgidos de la puja sindical azucarera. El uso de la violencia como estrategia para dirimir conflictos deja entrever varios planos de la experiencia gremial. Por un lado, las condiciones abiertas por la “revolución de junio” de 1943 y afianzadas con el peronismo para manifestar el descontento obrero habilitaron reclamos y formas de protesta hasta ese momento inéditas. La intempestiva paralización de los ingenios, cuyo referente encarnaba Chirino, implicaba no sólo una forma de canalizar la protesta que era refractaria a la vía institucional promovida por la FOTIA, sino que contribuía a consolidar liderazgos rivales que cuestionaban el proceder de la Federación y las agencias oficiales.

En síntesis, podemos decir que los acontecimientos de noviembre de 1946 expresaron de forma contundente esa tensión inherente a los orígenes del sindicalismo azucarero: la confrontación de dos modelos de acción gremial dispuestos a recrear prácticas e imaginarios sustentados en disímiles tópicos. Parés encarnaba la política laboral oficialista que bregaba por “agotar los extremos legales” antes de utilizar el “derecho de huelga”. Por el contrario, Chirino sustentaba en las demostraciones de fuerza y las actitudes desafiantes un liderazgo que encontró coto en 1949, fecha en que fue despedido del ingenio Florida y su figura de líder se diluyó al compás de la mayor intolerancia que el gobierno empezó a demostrar hacia las huelgas.

Consideraciones finales

La irrupción del peronismo expresó en términos sindicales las jerarquías y divisiones sociales presentes desde fines del siglo XIX en la agroindustria tucumana. La histórica forma en que las cuestiones de clase, género y oficio modelaron los espacios laborales azucareros fue rediscutida al calor del impulso sindical abierto con la “revolución de junio de 1943” y los gobiernos peronistas. Las implicancias de ese juego de masculinidades jerarquizadas que caracterizaron la vida laboral en los ingenios condicionaron la configuración de un sindicalismo bifronte. Las tensiones de clase y de género que permearon la relación entre los obreros y empleados azucareros impidieron su agremiación conjunta e impulsaron la creación de dos Federaciones, la FOTIA y la FEIA. El fortalecimiento del sindicalismo y la inédita recepción del gobierno a las demandas obreras resignificaron la trama de deferencias laborales, cuya expresión más nítida se

⁶¹ Archivo Privado Manuel Parés, recorte periodístico *La Gaceta*, 02/12/1946.

⁶² *La Gaceta*, 08/12/1946.

manifestó en las reiteradas huelgas declaradas para exigir el despido de administradores, capataces y jefes de fabricación, acusados de tratar de forma “desconsiderada” a los obreros.

En una esfera productiva en que los intentos de sindicalización habían sido intermitentes y fugaces, los industriales percibieron con una mezcla de resistencia y resignación el avance organizativo de la FOTIA y la contundencia de sus reivindicaciones y conquistas laborales. Si la condición de subalteridad de los obreros hacía previsible su organización y estrategias de reivindicación, la tradicional empatía entre empleados e industriales hizo que estos últimos percibieran con “desconcierto” la irrupción de FEIA. Es por ello que las primeras medidas de fuerza de sus “más cercanos colaboradores” fueron traducidas en términos de daño moral. En tal sentido, la impronta asociacionista no sólo implicó redimensionar el mundo obrero (formas organizativas, reclamos, repertorios de confrontación), sino que puso en cuestión la histórica cercanía de empleados e industriales.

Ahora bien, las tensiones vinculadas con las desigualdades también atravesaron la dinámica interna del sindicalismo obrero. La tradicional relevancia de los maestros de azúcar y los mecánicos, referentes de una jerarquía laboral sustentada en la cualificación, fue subsumida en la aglutinante propuesta de la Federación obrera. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que estos “personajes” intentaran separarse de la FOTIA, avalando su pedido en las destrezas y saberes que hacían de su oficio un “factor esencial y distinto” de la industria.⁶³ En tal sentido, capitalizaron el impulso sindical e intentaron avanzar, sin éxito, en procesos de agremiación diferenciada.

Así como las cuestiones de clase y oficio modelaron la dinámica sindical, la impronta de las cuestiones de género en universos laborales fuertemente masculinos y jerarquizados también estuvo presente. El maltrato y las humillaciones ejercidas por los administradores y capataces, cuya expresión más drástica fueron los abusos sexuales contra las mujeres de los obreros, refrendaban la degradación de la masculinidad y la debilidad de clase. En este sentido, el poder herético del peronismo subvirtió los acuerdos tácticos de la deferencia, interpeló los límites de lo considerado justo y tolerable y posibilitó la vindicación de aquello que antes se dirimía o se silenciaba en la esfera privada. Esta capacidad disruptiva del peronismo resignificó la experiencia de la clase obrera azucarera a partir de nociones y valores fuertemente asociados a la identidad masculina. Asimismo, las renovadas nociones de la virilidad, las actitudes desafiantes, la valentía y la fuerza personal modelaron los repertorios de confrontación del sindicalismo azucarero. Como vimos, Rómulo Chirino hizo de estos valores una estrategia de negociación capaz de construir liderazgos y rivalizar con las directivas y formas de intermediación promovidas por la FOTIA y la CGT local.

⁶³ Entrevista realizada a Carlos Aguilar por Fernando Siviero, octubre de 1988, en Florencia Gutiérrez y Gustavo Rubinstein, 2012, *op. cit.*, p. 291.